Paco Cerdà

Los noctámbulos

La noche es tiempo de fantasmas. Hay ocho fantasmas en la embajada de Chile, calle del Prado 26, Madrid. De día los tribunales franquistas firman muertes y los pelotones las ejecutan al alba. Por eso es la noche el reino de los novivos, de los nomuertos; de los fantasmas. Nueva luna en un cielo sin ninguna, escriben los fantasmas en esta fría madrugada. Cielo sin luz ni luceros, sin alba ni claridades, oscuro de tempestades, tenebroso de aguaceros, siguen escribiendo los fantasmas. El aire se viste de negro fuera de la embajada. La ciudad calla. O duerme y calla. O hace como que calla. La ciudad supura un hosco rencor, que bombea desde su negro corazón hasta la última terminal nerviosa, que aquí es incapaz de penetrar. Por eso los espectros siguen escribiendo, y escriben que bajo este cielo inseguro alza su temblor de plata una voz que se dilata, un son rebelde y maduro; una luna por un cielo sin ninguna. Es críptica la voz de los fantasmas. Hablan en verso. Con metáforas y alegorías. Ellos son la luna en esta isla de dolor perdida que es la embajada. Luna clara de ilusiones, verde de fija esperanza, luna que en la lontananza abre nuevas estaciones, escriben los fantasmas. Luna con la sangre escrita de tantos ejecutados, hermanos nunca olvidados, sangre que en nosotros grita, escriben exaltados y compungidos los fantasmas. *Luna* es el nombre de la revista clandestina que esta noche componen los fantasmas.

Mañana cumplen ocho meses encerrados en esta embajada. Llegaron el 28 de marzo en medio de un torbellino de banderas y proclamas de victoria. Ellos, como sombras derrotadas, espectros ya de la República española derrocada por el golpe militar de Franco, penetraron en la embajada de Chile. Los condujeron al tercer piso. Colchones tirados, ropa amontonada, una atmósfera de pesadumbre. Pero era zona libre, segura; territorio bajo jurisdicción chilena. Ya lo había sido antes, durante el Madrid de los paseos republicanos y las chekas. Aquí llegaron a refugiarse hasta dos mil nacionales durante toda la guerra. Vates falangistas como Sánchez Mazas, Calvo Sotelo, el marqués de Hoyos o Samuel Ros. Ahora las tornas han cambiado. Qué imagen, la del final de marzo: saliendo por la gran puerta de la embajada chilena setecientos refugiados cara al sol, al paso alegre de su paz, y entrando con miedo las diecisiete sombras antifascistas condenadas a la noche oscura. Qué imagen, una semana después, la del 5 de abril, cuando el Chile del Frente Popular aún no había reconocido al Gobierno de España y guardias moras asaltaron la embajada. Abran, gritaron. Iban armados. Los fantasmas se asustaron. El agregado militar de la embajada, vestido con traje de gala, tomó la bandera chilena que coronaba el mástil, la tendió en el suelo de la entrada y les dijo a los armados: Ustedes vienen a por estos señores que están aquí asilados legalmente. Tienen armas y se los pueden llevar; pero para ir a por ellos tienen que pisar esta bandera. No lo hicieron. No se atrevieron. Y los fantasmas siguieron con su vida de fantasmas: vivir de noche, dormir de día, y es por eso que se llaman a sí mismos Noctambulandia. Una patria fantasma. Un mundo que solo late en el encierro de esta embajada. Porque cuando el mundo se estrecha y el cerco aprieta y aprieta y aprieta más cada vez hasta que aprieta todo lo que uno no

imagina que puede apretar, la necesidad de defensa une a los hombres. Por eso esta noche, después de más de doscientas vigilias entre juegos de cartas y largas charlas, todo ha cambiado en el refugio de Noctambulandia. Los ocho fantasmas han recobrado su voz. Han encontrado su misión: ser la voz de los vencidos. Recordar qué fueron, quiénes son. Por eso esta noche se han puesto a escribir la primera revista cultural del exilio, confeccionada en las mismas entrañas del monstruo. En sus foscas tripas.
Luna. Año I. Núm 1. Noche del 26 al 27 de noviembre de 1939.
Esta es la cabecera.
Entonces se abre el turno de los fantasmas.

Antonio Aparicio es poeta. Tiene el aspecto soñador de los veintitrés años. Hay vidas que parecen imposibles con veintitrés años. La suya es de esas. Una infancia sevillana de tendidos y tabernas, de peteneras y coplas, de torres de piedra y estrechas callejas para los cofrades de la Macarena como la calle de la Vinatería, donde él nació. Su juventud ha sido la guerra. Ha luchado en el quinto regimiento de las Milicias Populares. Ha sido soldado poeta. Igual escribía el himno de Los Campesinos –Los campos heridos de tanta metralla, los pueblos sangrantes de tanto dolor, y los campesinos sobre la batalla, para destrozar al fascismo traidor–, que se hacía hermano del alma del camarada Miguel Hernández, que escribía la ponencia colectiva del congreso de intelectuales antifascistas, que salía herido del Jarama con un balazo en el cuello, que componía una elegía a la muerte de Federico, que escribía teatro de urgencia para el frente de guerra, que lo apresaban en el 39 y él se escapaba del yugo fascista, que se ha refugiado pidiendo asilo en esta embajada. Veintitrés años. La cara fina, las manos finas, el cuello fino, la mirada fina, delicada y vidriosa. Es delgado y tiene las mandíbulas marcadas, como corresponde a un soldado poeta en tiempos de amor y hambre. Esta noche, como noctámbulo, aporta a *Luna* un largo poema dedicado a un amigo. Sesenta y ocho octosílabos que empiezan así, Al pie de treinta y seis años, treinta y seis melancolías desnudan con manos frías sus treinta y seis desengaños, y que terminan así, Amistad y vino son embriaguez de los sentidos con que los años perdidos consuelan al corazón.
Esos versos van dedicados a un compañero de encierro. Santiago Ontañón es pintor, ilustrador, escenógrafo. Tiene treinta y seis años, como dice el poema, y los mofletes tiernos, la papada suave, unas cejas de alambre, cara de bonachón. Tal vez sea su corta estatura lo que alarga su gracia. Todos ríen cuando canta los viejos sones de su marinera Cantabria o todas esas historias que le acompañan. Ocho años en el Puerto Chico de Santander en una familia de siete hijos. Nueve años y un bachiller inconcluso en Madrid. Siete años de alto voltaje intelectual en París cuando París era una boda sin novios pero con infinitos amantes. Después, tras vender un solo cuadro en el París de Picasso y Juan Gris, otros nueve años en Madrid, entre el fulgor de la edad de plata. Ha sido escenógrafo para Jardiel y para Lorca, para Molière y para Chéjov, para la *Numancia* de Cervantes y para el sueño utópico de La Barraca. Y después la guerra, a las órdenes de María Teresa de León. En el frente. Como escenógrafo. Como actor, si hacía falta. Agigantando con el teatro la epopeya de la guerra y la resistencia del pueblo. Lo escribió él mismo hace apenas nueve meses: No tenemos otra obligación que gritar, gritar hasta enronquecer, para que nos oigan en el último rincón del mundo. Como sea, con la pluma, con el pincel,

con el lápiz, con la palabra, pero gritar, tan fuerte que nuestro eco quede vibrando en el aire eternamente. Esta es nuestra misión.

Pero hay días, algunos días, que incluso a él se le cierra la boca.

Pasa cuando se levanta al alba, a pesar de ser un fantasma de la noche, y se asoma a un patio interior de la embajada, con ese árbol enorme que cobija a tantas familias de gorriones. Allí, entre las brumas imaginadas del amanecer, hay mañanas en las que a Santiago le llega el tableteo de las ametralladoras. Viene de las tapias de algún cementerio, quizá de la Almudena. Suena la ráfaga, interminable, y gotean después los diez, los quince, los veinte disparos sueltos, vibrando en el aire su eco. Tac, tac, tac. Los tiros de gracia. Una vida rota y una familia desmembrada a cada tac. Y su sangre, helada, en el interior de la embajada.

Sin embargo, en esta noche Santiago prefiere acordarse de algo alegre. De Federico, a quien tanto quería. Y por eso, como noctámbulo, aporta a *Luna* un breve texto con la historia de Anfístora, esa extraña palabra inventada que identificaba el teatro más avanzado de la República, tan alejado de este otro teatro apolillado, domado, vendido al poder por los mercaderes de la escena. Escribe esta noche Santiago Ontañón que Federico García Lorca tenía en su casa a una vieja sirvienta a quien quería entrañablemente. Le había ayudado a dar los primeros pasos. Había velado las noches del niño cantándole viejas canciones de cuna de la región alta de Granada. Un día entró Federico en la cocina y con aquella efusión que era un rayo de sol del mediodía le dijo, cogiéndola por la cintura: Ay, ay, que eres la Anfístora de Granada.

Unas páginas más adelante llega el turno de otro fantasma, Antonio de Lezama y González del Campillo. No es un nombre al uso. Tampoco su persona lo es. Tiene cincuenta y siete años y le acompaña la fama de gran seductor. Un talento innato para embelesar a viudas, a solteronas, a adúlteras, a casaderas, a toda clase de mujeres. Con su figura altiva, su bigote coqueto y el brillo de intelectual adherido a sus lentes. Don Antonio viste siempre camisa blanca y corbata, aunque a veces lleva pajarita. El caballero Lezama tal vez lleve el traje gastado, pero acostumbra a ir pulcramente planchado. Es rápido, inteligente, jovial; un gran conversador. Y esta noche, como un noctámbulo más, las letras que despliega en la revista *Luna* irradian su amor por el cancionero popular y son un reflejo de cómo él entiende la vida. Escribe: Yo he visto a un hombre viví con más e sien puñalás, y aluego lo vi morí con una sola mirá. Escribe: Sufre si quieres gozar; baja si quieres subir; pierde si quieres ganar; muere si quieres vivir. Escribe: Republicana es la luna, republicano es el sol, republicana es la tierra, republicano soy yo. Eso es lo que ha demostrado toda su vida. Sus medallas en la pechera. Periodista. Masón. Afrancesado. Anticlerical. Izquierdoso. Conspirador. Opositor al dictador Primo de Rivera. Preso reincidente por sus ideas aplicadas, en la Sanjuanada del 26 y en la sublevación de Jaca del año 30. Es un viejo zorro de los periódicos. Corresponsal de guerra en Marruecos y en la Europa en trincheras. Fundador de revistas ilustradas. Subdirector de *La Libertad*. Polemista empedernido, en las columnas de tinta y en los duelos a medianoche. Es esgrimista. De hecho, se cuenta que es el periodista español que más veces se ha batido en duelo para dirimir conflictos de honor. Más de veinticinco duelos, cuentan, como agraviado o agraviador; seguramente el precio de ser tan gran seductor. De origen alavés, tiene antepasados hidalgos, alcaldes, guerreros, gobernadores. Es dramaturgo. También

novelista puntual. Y un apasionado de la aviación. Su matrimonio fue fugaz y sin hijos, propio de un seductor. En la guerra ha sido comisario de batallón de una brigada internacional y también ha dirigido la Escuela de comisarios de guerra. Todavía destila un romanticismo heroico, utópico, de quien sueña con montar a caballo y morir, si fuera preciso y como él dice, por su Dulcinea, la República.
Los fantasmas van componiendo la revista. Es un trabajo artesanal. El papel barba mide 29 por 20,5. Los textos van mecanografiados por ambas caras. Todo va maquetado a una columna. Solo habrá un ejemplar. Una sola luna. La única luz en una España negra. Y aun así es luna nueva, porque la oscuridad circundante le impide brillar. Así se entiende otro texto que ahora los fantasmas teclean en la revista. España en el tormento, se titula la historia, y cuenta que ha terminado la guerra y que Juan Soldado llora en un rincón. Los muros de las cárceles y los vientos de los campos de concentración han escuchado sus lamentos. Muchas noches la lluvia ha arrastrado las lágrimas detenidas en sus mejillas. No teme por su vida ni los golpes le acobardan. La amenaza del fusilamiento no sobrecoge su ánimo. Echa en falta su libertad, pero su pérdida no le asusta. ¿Por qué llora Juan Soldado? Y llora porque recuerda, cuentan las páginas de *Luna*. Juan Soldado es campesino, es obrero, oficinista, pero sus manos hace mucho tiempo que dejaron el arado, el torno, la pluma. Una mañana, una tarde, una noche, quién lo sabe, Juan marchó a casa, abrazó a su mujer, besó al pequeño y marchó deprisa, muy deprisa, sin volver la cabeza. Horas después Juan Soldado había nacido. Combatió en el norte, combatió en el sur, luchó en el oeste, peleó en saliente, y arriba y abajo, a un lado y a otro su vida dejó. No es comunista, ni es republicano, ni es socialista, ni es confederal; es pueblo de España que se resuelve contra la traición. Juan Soldado aguanta calores y polvo, agua y hielo, piedras y metralla. Lucha con el alma entera. Recuerda aquel momento, sigue contando *Luna*, cuando el comandante pidió voluntarios para guarnecer la trinchera que poco después iba a ser volada y servir de fosa a los siete hombres que allí se quedaron. Todo el batallón estaba dispuesto al sacrificio. Catorce hombres solicitaron el honor. Fue cosa difícil hacer la elección. Juan Soldado sabe lo que es sentir desgarrado su cuerpo, dispersos sus miembros por la dinamita. No quiere ascensos ni glorias, quiere lo que es suyo. Su tierra y su pan, su patria y su hogar. Por eso Juan Soldado llora en un rincón. Porque se ha perdido todo lo que esperaba de la República, y así acaba el relato de esa España en el tormento que narra *Luna*.

Es así como poco a poco, línea a línea, página a página, en el silencio de la noche solitaria, va componiéndose *Luna*. Al frente, como una suerte de director, está el último de los fantasmas. Pablo de la Fuente, segoviano. Tiene treinta y tres años. Es ferroviario, sindicalista, escritor de periódicos. Su firma se ha paseado, con ardor comunista, por las páginas de *El Liberal* y *La Libertad*, también por las revistas *Octubre* y *El Mono Azul*. Ha sido censor de prensa en el Madrid en guerra. Siempre va al límite. Por eso lo encarceló la dictadura de Primo de Rivera tras agitar las huelgas universitarias. Por eso lo expulsaron de la universidad. Por eso viajó a la Unión Soviética de Stalin, su paraíso, y por eso escapó de España tras la revolución de octubre del 34, para que no lo metieran de nuevo en la cárcel. Y como Pablo siempre va al límite, también participó en el asalto al Cuartel de la Montaña del 20 de julio del 36, y luego se enroló en las milicias populares

para hacer la guerra, y luego publicó su primer libro en el Madrid en guerra, y hace unos días intentó escapar de España en barco desde Valencia, pero no pudo y es por eso que ahora está aquí, atrincherado en la embajada de Chile, el octavo pasajero de la guarida, último fantasma de este barco quieto y varado en la madrugada. También Pablo quiere aportar un texto a la revista semanal. Y así escribe esta noche, bajo un cielo negro con luna llena, un artículo acerca de la escritora austriaca y judía Vicky Baum, exiliada ante el avance del nacionalsocialismo, y reflexiona sobre esa literatura social que recoge las vidas de los humildes, poetizadas, descritas, falseadas, incluso, para obtener unos resultados de esperanza o denunciar la imposibilidad de que continúen las cosas como están.

Que continúen como están, teme. Con fantasmas, encerrados en una embajada, que no pueden ni pisar su patria. Que duermen la derrota cada mañana y la miran cada noche tras la ventana. Pero resisten. Aguantan, pese a todo, con su mejor arma: la voz. Dorada como una era, dicen; cortante como una hoz. Es su nueva patria, Noctambulandia. Hecha de letras y papel barba. Un temblor de plata.